

## MAS SOBRE LA FE

Por

M. SANCHEZ Alonso

“Dado que el Ejército, la Policía y la Marina son los principales instrumentos con que el Estado burgués combate al proletariado revolucionario, no se exagera la necesidad del trabajo revolucionario en sus filas” (Lenin).

“Para muchos, la lucha, la violencia y la revolución son ley y fuente de prestigio, pero no pueden ser esas las ideas-luz que necesita la Humanidad.

La paz no es algo que se pueda adquirir de una vez para siempre, no es una tranquilidad inmóvil” (Paulo VI).

Hace ya cuatro años se publicó en nuestra Revista un modesto artículo mío (\*), en el que, con carácter marginal, introducía un tema que interesa a muchos —aunque pocos lo confiesen—, esbozando algunas ideas sobre las discutidas pseudo-profecías de San Malaquías, relativas a la posible proximidad del fin del mundo, tremendo problema al que no es raro tratar con desenfadada ironía, adoptando posturas que suelen constituir un mero disfraz de elegancia espiritual o de cortés escepticismo, para lo que se extraen de la Historia precedentes de expectación similar, con lo que se pretende llegar a la conclusión de que es poco inteligente —y viste poco— cultivar ideas alarmistas en tal sentido, expresión para

mí, todo ello, de una digna, velada y archiconocida reacción del avestruz ante el peligro, y sin que esto implique, por mi parte y en modo alguno, falta de respeto hacia la opinión ajena.

No he podido evitar en el párrafo anterior el ligero tinte polémico que algunos puedan hallar en él y, aparte de ello, tampoco es mi propósito profundizar ahora ni aquí en este tema, más que nada por entender que, aunque es asunto de indudable interés en cualquier ámbito de actividad, quizá no sea nuestra Revista su lugar más apropiado, en las actuales circunstancias. De todas formas, pido perdón e intento justificar su inclusión, rogando se considere como una simple cita adicional para entrar en materia, exponente ésta de cierta inquietud ligada directamente con nuestra actividad profesional, como luego se verá.

Pero vayamos al asunto.

---

(\*) “La perturbación y el futuro”, febrero de 1966.

Si extendemos nuestra mirada sobre los acaecimientos de los últimos treinta años, y la vamos deteniendo al pasar en determinados hechos que fueron o que son noticia, con ellos podremos ir formando un sangriento ramillete, entresacando titulares, tales como: las depuraciones políticas, las cámaras de gas, los genocidios, la matanza de Katyn, el juicio de Nuremberg, el hambre mundial, la descolonización acelerada, la segregación racial, el incremento de la criminalidad juvenil, la promiscuidad sexual y, finalmente, la tragedia de los tres Kennedy, la aniquilada aldea del Vietnam, el asesinato de Sharon Tate, o la heroica piratería aérea —estilo Luis Candelas o Dick Turpin, despertador de extrañas y oscuras simpatías—, por ejemplo.

Y aunque ya dije que mi deseo no es hablar ahora del fin del mundo, en relación con ello no puedo por menos que recordar en paralelo la conocida frase: "Cuando el Mesías venga, ¿hará mayores milagros que los que hace éste? (Jn., 7, 31), con lo que quiero decir que, si dichos titulares no son claros síntomas de la enfermedad que precede a la muerte, parece difícil encontrar otros más convincentes para definir cuándo está llegando ese momento.

Pero, a la vista de ello, ¿podemos decir simplemente que el panorama es desolador? ¿Cabe definir al todo por la única parte que airea la mercenaria prensa? ¿Es que no existe para nosotros más que una cobarde e insensata actitud derrotista?, o por el contrario, ¿no consiste nuestro deber en soldarnos a la idea de que el mundo salió precisamente bueno de las manos de Dios, y que nuestra gran misión es la de colaborar con El en la salvación de las numerosas ovejas que todavía quedan y, si ello es aún posible, transformar en trigo la supuesta cizaña?

Muy lejos está de mi ánimo presentar un negro cuadro de la realidad, y ello sin esperanza. Si las negras tintas se acumulan en lo anterior sólo pretenden un noble propósito: resaltar la gravedad de la situación, de lo fuerte del enemigo, para así estimular mejor el espíritu de defensa, y que el ánimo se dedique con permanente y esforzada tensión a aguzar la única arma básica que nos queda: la fe.

Y porque ese enemigo parece ser más inteligente que nosotros, de momento, le da a la fe todo el valor que tiene, valor que nosotros solemos olvidar con excesiva frecuencia. Y es precisamente ahí donde nos ataca sin desmayos y sin dejarnos ni un instante de respiro; en el foco máximo de nuestra debilidad, para así minar mejor nuestras defensas y dejarnos totalmente inermes ante su acción posterior, sembrando el desconcierto general, dificultando la concentración de esfuerzos y destruyendo en su raíz toda voluntad de lucha. Pretende que seamos el rebaño sin pastor, aterrorizado y desconcertado por el lejano aullido del lobo, víctima propiciatoria sometida ya a su inminente ataque, desde mucho antes que éste tenga lugar, a sangre y a colmillos.

Y no es fácil defenderse en estas condiciones. Se juega aquí con la debilidad espiritual congénita al hombre, que se traduce en una inmensa fatiga ante las pequeñeces y sinsabores de la vida diaria; en el terrible cansancio que produce buscar también a diario dónde está la verdad, y, hallada ésta, proyectarla hacia el futuro en una pugna constante, terca y tenaz, capaz de hacernos renacer cada día con nuevas fuerzas para enfrentarnos de nuevo con la prevista e inevitable lucha del siguiente.

Y me pregunto: ¿Es que, ante estos hechos evidentes, nos está permitido el lujo de la duda más allá de lo puramente razonable, pero definido esto, más que por las peculiaridades que matizan el carácter de cada uno, por lo acuciante, artero, solapado y grave del peligro que nos acecha a todos?

El problema, repito, no tiene más solución que determinar honradamente y con acierto el grado, extensión y calidad a alcanzar por nuestra fe, con clara conciencia al hacerlo de todo lo que está en juego al adoptar tal decisión. Equivocarse ahí y una falta de firmeza equivalen ya a la derrota, sin paliativos.

Definido ese grado de fe a otorgar, sólo resta aplicarla en beneficio del equipo por el que hayamos fichado. Pero no se trata de que cada uno, con nuestra indomable mentalidad, agreste y celtibérica, pretendamos ser el Gento de las bri-

llantes galopadas. Nuestro objetivo único tiene que ser meter goles en beneficio de todos; unidos en apretado haz, como una piña, en la unidad que salva la diversidad, aunque la propia labor tenga que ser oscura y mate, a veces, tan sólo, un apoyo moral trémulo, saturado de renunciación y sacrificio, y que además de al bien común, e indirectamente, colabore también al brillo personal de quien nos dirija. Y ello entregado con alegría, sin la mirada torva del hermano mayor del hijo pródigo, cuya actitud es demasiado común, desgraciadamente, entre la inmensa mayoría de los mortales que no han sido capaces todavía de la entrega total al ideal que dicen profesar y defender.

Por tanto, y en términos generales: ¿En qué debemos tener fe? La respuesta es muy simple, y aquí entramos ya, al fin y en forma más concreta, a nuestro propio campo profesional. Basta tener fe, sencillamente en:

- La doctrina.
- Los hombres que la crearon y promulgaron.

— Los encargados de aplicarla, y regenerarla.

Dicho esto, creo que es inútil entrar ahora en el desarrollo de estos tres temas. En el ánimo de todos está lo que llevan implícito y la gravedad de lo que la Patria y la Armada nos exigen, con toda razón y derecho.

Y ya no sólo me resta pedir nuevamente perdón por el inevitable tono de catilinaria de lo escrito, lo cual podréis justificar al conocer el propósito que me ha guiado: poder hablaros así, mejor, de corazón a corazón. Ese, y el de trasladaros esta inquietud mía, en amistoso desahogo; inquietud que estoy seguro que todos compartís, y que la sentís con la misma o mayor fuerza que yo, lo que presupone, sin lugar a dudas, que nos consideramos incluidos a todos los efectos —yo el primero y valga la leguleya frase— en esos graves defectos y errores a lo que es tan necesario catilinizarse de vez en cuando.

(Revista General de Marina, España, Marzo de 1970).

## Los Albatros

La costumbre de no matar albatroz, la más grande de las aves marinas, nació en la antigüedad. Su cuerpo blanco contrasta con sus alas negras, cuya envergadura alcanza hasta cuatro metros.

Se suponía que estas gigantescas aves marinas eran la reencarnación del alma de los marineros muertos a bordo y sepultados, como era costumbre, en alta mar. Se decía que matar un albatroz traía mala suerte al buque durante la travesía y la superstición subsiste hasta nuestros días. En nuestros mares el alcatraz heredó esta tradición marinera.